

## LIBRO SEGUNDO

### LA GALIA INDEPENDIENTE Y LA GALIA ROMANA

#### CAPÍTULO PRIMERO

##### LA GALIA INDEPENDIENTE

I. La civilización.—II. La religión.—III. La religión (continuación). El sacerdocio druídico.—IV. Las instituciones sociales y políticas.—V. Las luchas en las ciudades y entre las ciudades.

##### I.—La civilización (1)

Lo que sorprendía desde luego en la Galia era la inmensidad de sus bosques. Hoy han desaparecido casi enteramente, y los mismos restos subsistentes en la Edad media no daban de ellos sino vaga idea. Extendíanse entonces en todas direcciones, pero sobre todo al Norte del Loira, donde ofrecían una masa profunda, impenetrable y casi continua. Los bosques de los carnutos cubrían la Beauce, Orléans, Gâtinais, Blaisois, Perche. Los de los belovacos, ambienos, atrebatos, se extendían á través de las llanuras limosas de Flandes al otro lado del Meuse y del Rhin. Al Este se extendía por montes y llanos la selva de Ardena. Por los bosques de los senones y de los meldenses llegaba á los de los carnutos. Por los Vosgos llegaba á las fronteras de la Germania. Por el Morván y el Jura se prolongaba entre los eduos y los secuanos.

Bajo esa cúpula de follaje erraban con las especies actualmente subsistentes el anta y el uro. Las mana-

das de caballos, el ganado mayor y menor hallaban sus pastos en los prados. Vagaban por millares los cerdos en los encinares. Eran de gran tamaño, medio salvajes, muy temidos por los pasajeros. Su carne, fresca ó salada, constituía con la leche la base de la alimentación. Se daba allí el trigo en gran cantidad. Los helvecios se proveían allí cuando prepararon su éxodo. César y Aníbal se lo procuraron sin dificultad. Las tierras en cultivo no eran, sin embargo, al Norte sobre todo, sino claros en la masa de la vegetación silvestre. Parecían lugares excepcionales. Los campos de la Secuania produjeron á los germanos de Ariovisto el efecto de oasis.

Se ha intentado calcular la población. *A priori* es evidente que no podía ser muy densa sobre ese suelo en gran parte inculto. Es verdad que Estrabón nos dice lo contrario; pero nuestra medida no es la de los antiguos. Las cifras que apunta César son sospechosas. Tenía interés en aumentar el número de sus adversarios y no se privaba de hacerlo, con lo que se conformaba con todas las tradiciones de la historiografía romana. De todos los datos que nos proporciona sobre este asunto, el menos dudoso es el que resulta de la lista de los contingentes convocados en el año 52 antes de J. C., cuando el cerco de Alesia. Se elevaban, nos dicen los *Comentarios*, á 268.000 hombres aproximadamente. La relación entre esta cifra y la de la población puede deducirse del hecho de que los helvecios, vueltos á su país después de su tentativa de emigración en 58, en número de 110.000 individuos, debían armar por su parte 8.000 combatientes. Fluctuaba, pues, entre  $\frac{1}{12}$  y  $\frac{1}{14}$ , de modo que la población total debía ascender entre 3.380.000 y 3.752.000 almas (268.000 x 13 ó x 14). En ese número no se comprende ni los remos, ni los suesiones, ni los lingones, que se abstuvieron durante esta guerra, ni los pueblos situados al otro lado de los Vosgos, ni los que habitaban entre el Garona y los Pirineos, ni los que en el Sudeste formaban la provincia romana, y que, siendo los más civilizados, debían ser también los más numerosos. No será erróneo, pues, evaluar la masa entera en más de cinco millones. Si se considera, además, por una parte la cifra de los contingentes impuestos á las diversas ciudades y por otra la extensión de sus territorios respectivos, se comprueba que las partes más pobladas eran las regiones del Loira, del Saona, del Sena, del Oise y del Somma. La densidad era menor á lo largo del Océano y en el Nordeste sobre el Meuse.

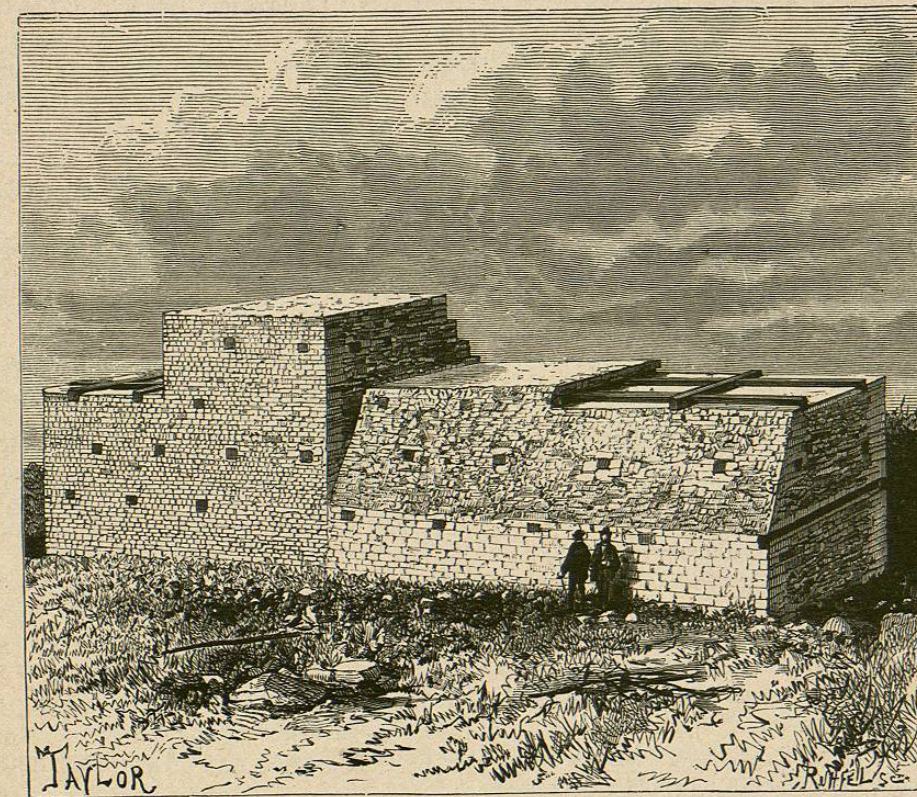
Las casas aisladas que los romanos llamaban *adificia* se hallan con frecuencia. Ocupan lugar importante en

(1) FUENTES.—César, *Guerra de las Galias*. Estrabón, IV, 1-5. Diodoro, V, 25-32. Plinio, *Historia Natural*, en diversos pasajes. Atheneo, IV, 34 y 36-37. Amieno Marcelino, XV, 12. OBRAS DE CONSULTA.—*Dictionnaire archéologique de la Gaule*, 1867, incompleto. S. Reinach, *Catalogue du musée de Saint-Germain*, con el apéndice bibliográfico, 1899. Roger de Belloguet, *Ethnogenie gauloise*, III, 1868. Bertrand, *Archéologie celtique et gauloise*, 1889. *Les Celtes dans la vallée du Po et du Danube*, 1895. Beloch, *Die Bevölkerung der griechisch-römischen Welt*, 1886. *Die Bevölkerung Galliens zur Zeit Caesars*, «Rheinisches Museum», 1899. Levasseur, *La population française*, I, 1889. Maury, *Les forêts de la Gaule*, 1867. D'Arbois de Jubainville, *Recherches sur l'origine de la propriété foncière et des noms de lieux habités en France*, 1890. Meitzen, *Siedelung und Agrarwesen sur Westgermanen und Ostgermanen*, etc., I, 1895. Flach, *L'Origine historique de l'habitation et des lieux habités en France*, 1899. De La Noë, *Principes de la fortification antique*, 1890. Bulliot, *Fouilles du Mont Beuvray*, Autun, 1899. Quicherat, *Histoire du costume en France*, 1875. S. Reinach, *Les Gaulois dans l'art antique*, «Revue archéologique», 1888 y 1889. Bulliot y Fontenoy, *L'art de l'émaillerie chez les Eduens*, 1875. Daubrée y Gaidoz, *Exploitation des métaux dans la Gaule*, «Revue archéologique», 1868 y 1881. Cartailhac, *L'or gaulois*, «Revue d'Anthropologie», 1889. Barthélemy, *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions*, 14 de febrero de 1890, 27 de febrero de 1891, 5 de agosto de 1892. H. de La Tour, *Atlas de monnaies gauloises*, 1892.

el relato de las campañas de César. Jamás deja de ordenar su destrucción cuando entra en sus planes asolar el país enemigo. Tiene buen cuidado de hacer que se las respete cuando desconfía de hallar cerca provisiones. Estaban situadas en la linde del bosque, á la orilla de los ríos. Los nobles galos hallábanse satisfechos en estas apartadas residencias. Vivían en ellas rodeados de sus hombres de armas y de sus servidores, entregados á su afición por la caza, vigilando el cultivo de sus tierras y la cría de sus ganados.

Existían allí aglomeraciones. Desde luego las que se

que las acrópolis de la Grecia antigua ó los castillos del feudalismo. La posición elegida dependía de la naturaleza del terreno. Ya estaban, y era lo más frecuente, encaramadas sobre alturas, ya en países llanos, construídas sobre una isla, como Lutecia, ó detrás de un pantano, como Avaricum (Bourges). Extendíase el muro sin torres ni almenas, sin obra voladiza, sin partes salientes ni entrantes, un simple pasillo delante de la puerta, un foso cuando lo escarpado del terreno no era, naturalmente, bastante. Nada de cimientos ni de albañilería. Las piedras mal cortadas estaban colo-



Oppidum de Mursceint, descubierto en 1868, según una restauración en relieve del Museo de Saint-Germain

designan con el nombre de *vici* (singular, *vicus*), aldeas, burgos. Los helvecios poseían 400. No todos los *vici* ofrecían el mismo aspecto. En Suiza y el Delfinado no se abandonaron las construcciones lacustres. Los hábitos troglodíticos estaban muy arraigados en la región de la meseta central, sobre las márgenes del Loira y del Sena. Pero el más ordinario tipo de la casa gálica era la casa de piedra ó la choza circular más ó menos espaciosa, según la calidad de sus huéspedes, construída bastante groseramente, los muros de madera ó arcilla, el techo de ramas, con un agujero para dar salida al humo.

Tenían los galos una arquitectura militar que nos ha sido descrita por César y de que las murallas de Alesia en la Costa de Oro, de Bibracto en el Saona y Loira, de Mursceint y de Impernal en el Lot, de Nages en el Gard, de Boviolles en el Meuse, de Sainte-Odile en la Alsacia, nos conservan interesantes ejemplares. La Galia entera estaba cubierta de esas plazas fuertes, *oppida* (singular, *oppidum*). Respondían á las mismas necesidades y testimoniaban el mismo estado social

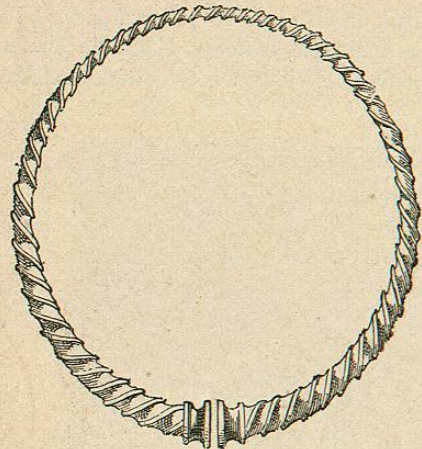
cadadas una sobre otra, se ajustaban sin cemento, en dos parapetos cuyo interior estaba relleno de tierra y de cantos. Una disposición ingeniosa, que no era, por lo demás, de uso general, combinaba el empleo de la piedra y de la madera. Vigas unidas por clavos de hierro se cruzaban en las tres direcciones, de ancho, largo y alto, formando como estantes que sostenían la obra y aumentaban su estabilidad. El espesor de este armazón variaba según estuviese adosado á un declive ó aislado. La altura estaba en razón inversa con la del basamento rocoso. Alcanzaba cerca de veinticuatro metros en Avaricum. Cuando la roca se resquebrajaba por sí misma, se limitaban á rellenar las grietas que habrían podido facilitar el escaló. El muro era rara vez continuo, salvo que se le elevase en llano, ó no rodeando, como en Bibracto, una montaña accesible por todos lados.

Los *oppida* eran lugares de refugio con una población permanente. Cuando César los menciona, emplea indistintamente la palabra *oppidum* y la palabra *urbs*, que quiere decir ciudad. ¿Cómo, en efecto, los centros



urbanos podían carecer de murallas? Podían sacrificarse las construcciones aisladas, y hasta las aldeas; pero no era posible abandonar a la destrucción las ciudades y cuanto encerraban. Puede así decirse que toda plaza fuerte era una ciudad, y recíprocamente toda ciudad una plaza fuerte.

A veinticinco kilómetros de Autún, en el extremo



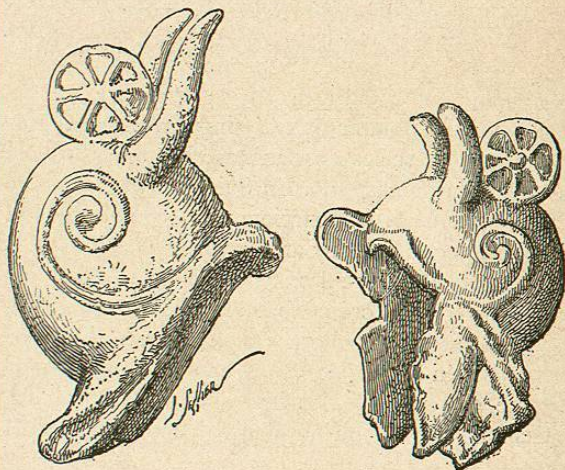
Torques ó collar galo. (Museo de Saint-Germain.)

meridional del Morván, se destaca una especie de promontorio que domina todo el país que le rodea, y domina por su posición las cuencas del Loira, del Saona y del Sena. Es el monte Beuvray, *Bifractum* en la Edad media, y en la antigüedad *Bibracto*. Sobre la meseta que lo corona se elevaba á 800 metros de altitud la capital de los eduos, descubierta y exhumada desde 1867. Este recinto, de cinco kilómetros de contorno, no estaba habitado en toda su extensión. La temperatura que á esas alturas reina no era propia para atraer una población numerosa. En comparación la comarca se prestaba á maravilla para dar abrigo á las industrias que exigían una instalación fija y no habían de inquietarse exponiendo su capital á los azares del pillaje y de la guerra. *Bibracto* era, pues, al mismo tiempo que un reducto fortificado, una especie de ciudad industrial. Triste ciudad, de miserable apariencia y como perdida en el extenso espacio despoblado. Los grupos de casuchas de que se componía se escalonaban á lo largo del camino que ponía en comunicación las dos puertas de entrada. La mayor parte se hundían en el suelo, de modo que pudieran desafiar los embates del viento. En estas cuevas vivían familias de artesanos dedicados á todas las variedades de la metalurgia. La soledad de estos lugares se animaba en las proximidades de la guerra. Resultaba entonces el recinto demasiado estrecho para contener á todos los que el pánico ó las necesidades de la defensa juntaban allí. La feria anual atraía en épocas fijas una afluencia más tranquila. La plaza fuerte se transformaba en factoría. Preparábase al efecto una instalación especial con galerías sostenidas por postes de madera de que se han encontrado las bases carbonizadas. Más tarde fueron reemplazados por un pórtico de piedra rodeando el templo, levantado sobre el modelo romano á la divinidad del lugar, la diosa *Bibracto*. Este rincón es el único que ha conservado después del abandono del *oppidum*, al principio de nuestra era, su vida intermitente. Hasta el

fin del imperio fué frecuentado regularmente por los peregrinos y los comerciantes. La capilla de San Martín, edificada sobre las ruinas del santuario galo, no cesó de atraer el mismo concurso durante la Edad media, y es de nuestros días la pérdida de su popularidad en el país eduo de la feria del Beuvray.

No estaban todas las ciudades de la Galia en condiciones tan desfavorables. Las hallamos situadas en medio de llanuras fértiles, en la margen de anchos ríos. Eran en ellas más numerosos los habitantes, y las habitaciones menos incómodas. *Avaricum* (Bourges), que pasaba á los ojos de los galos por la más bella ciudad, tenía mejor aspecto que *Bibracto*. *Bibracto* misma no ha sido completamente exhumada y acaso nos reserva algunas sorpresas. Se han desenterrado dos grandes casas adornadas de mosaicos y seguramente anteriores á la conquista, pues las únicas monedas que en ellas se han recogido son gálicas. No es, sin embargo, probable un verdadero desarrollo de la vida urbana en un pueblo que no ha dejado un solo edificio de piedra de talla. Cuando los bitúrigos rehusaron, á pesar de Vercingetórix, dejar quemar su ciudad, bajo el pretexto de que merecía por su esplendor escapar á la ley común, es tal pretensión natural por su parte, pero nada prueba que participaran de su sencilla admiración los romanos. Cicerón nos descubre el pensamiento de estos últimos cuando dice: «¿Hay nada más feo que los *oppida* gálicos?» (1).

La arquitectura funeraria ofrece variedades. Mientras se perpetúa en la región del Oeste la tradición de los monumentos megalíticos, atestiguando por su permanencia la fusión de los diversos elementos de la población y la observación de los celtas conquistadores por la masa indígena, vemos surgir al Este un tipo de sepultura especialmente gálica, dividida en dos grupos: uno que puede llamarse *borgoñón* ó Franco-Condado, formado por los cementerios de Alaise en Doubs, de Gray en el Alto Saona, de Semur, de



Cascos galos. (Museo de Saint-Germain.)

Beaune, de Chatillon-sur-Seine en la Costa de Oro; otro cuyas principales aglomeraciones se encuentran en Champaña alrededor de las ciudades de Sainte-Menehould, de Chálons, de Epernay, de Reims. Las tumbas del primero llaman la atención por su prominencia de

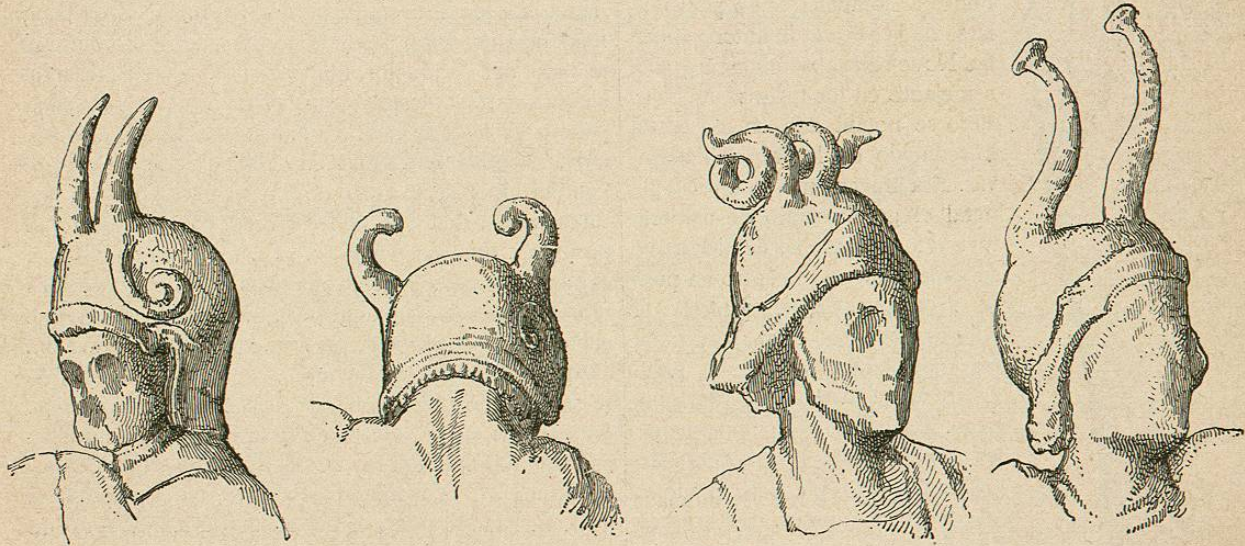
(1) *De provinciis consularibus*, 12.

pedras ó de barro. Las otras no se elevan sobre el suelo. Pero las diferencias significativas son las que se notan en el mobiliario. La espada hallstadiana, la gran espada de hierro, es la que se ha encontrado más en las tumbas borgoñonas. La espada y el material de la Tène los que decoran las necrópolis de Champaña. No parece, pues, que fueron contemporáneas las generaciones sepultadas en las regiones del Saona y del Marne. Pertenecían las primeras á los pueblos que en el siglo V ó IV antes de J. C. invadieron Italia y avanzaron en nuestro país hasta la entrada de la cuenca del Ródano. Las segundas representan un período más próximo, señalado en el Norte de Francia por la invasión de los belgas (1).

Hase notado más arriba el rasgo característico del

de escultura indígena combinando las dos influencias latina y céltica; pero esta tentativa aislada fué estéril.

Inferiores ó impotentes en la plástica, tomaron los galos la revancha en lo que llamamos el arte industrial. Su cerámica no carece de mérito. En la metalurgia es empero donde sobresalieron. En ninguna parte quizá, salvo en España, la minería fué más abundante ni mejor explotada. Las investigaciones de los mineralogistas confirman en este punto el testimonio de los textos. La Galia producía también estaño; pero sobre todo cobre, hierro, plata y oro. El oro no se extraía sólo de las minas. Provenía en buena parte del lavado. El Rhin, el Ródano, el Tarn, el Ariège arrastraban pepitas. Se extraía la plata del sulfuro de plomo, y los muchos nombres de lugar, en que se reconoce el tema funda-



Cascos galos. (Museo de Saint-Germain.)

arte gálico, la predilección por el estilo geométrico, la exclusión ó la deformación de la naturaleza viva, animal y humana. El solo monumento que no responde á esta definición es el bajo relieve descubierto en Entremont (2), en la muralla de un antiguo *oppidum* á algunos kilómetros al Norte de Aix en Provenza, sobre el límite de los países clásicos. La rudeza de la ejecución es en ellos extrema. Los relieves principales son cabezas cortadas y caballeros armados de casco y lanza. El primer motivo es galo. Figura en historiados brazales recogidos en las tumbas de Champaña. El otro es romano. Se halla en las monedas acuñadas en la Narbonense entre 125 y 113 antes de J. C. El monumento de Entremont se nos presenta, pues, como un ensayo

(1) Los dos grupos no están limitados á la región en que se los halla juntos. El grupo borgoñón se extiende entre el Loira y el Jura, y fuera de nuestras fronteras, sobre un área muy vasta entre los Vosgos y el Tirol. El grupo de Champaña se esparce por la Isla-de-Francia, por Normandía y hasta por Bretaña. Se prolonga á través de la Alemania del Norte. Cubre, pues, todo el territorio ocupado por los belgas antes y después de su paso sobre la margen izquierda del Rhin. Existe en medio de los Apeninos, en Marzabotto, entre Pistoia y Bolonia, una vasta necrópolis de la que ciertos objetos recuerdan muy exactamente el mobiliario de los cementerios de Champaña. Proviene sin duda de una de esas partidas que descendiendo de los Alpes hacia principios del siglo III antes de J. C., reanudaron la guerra con Roma.

(2) Desjardins, II, pág. 112, lámina I.

mental de esta palabra, idéntica en el céltico, el latín, el francés, prueban hasta qué punto estaba esta industria extendida. Eran todos esos minerales tratados con habilidad que ha producido gran admiración. Nos dice Plinio que los bitúrigos encontraron el procedimiento del estañado, llevado por ellos á tal perfección que daban á sus vasos de cobre la apariencia de la plata. Otro descubrimiento debido acaso á los eduos y que de todos modos se convirtió en su especialidad, es el esmalte. Los antiguos autores atribuyen el honor (á los bárbaros del Océano.) Esta indicación harto vaga ha adquirido nuevo valor y más preciso carácter desde las excavaciones de *Bibracto*. Entre las industrias practicadas en esta ciudad, el arte de esmaltar, íntimamente unido á la orfebrería, ocupaba el primer puesto.

Gustaban los galos del lujo, si no en sus viviendas, al menos en su persona. Su afición á ataviarse era muy viva. Se peinaban con coquetería, lavando sus cabellos con agua de cal para aumentar su color rubio, y los llevaban muy largos, ya levantados en forma de tupé sobre la cabeza, ya flotando al viento como una crin. Su bigote caído daba un aire marcial á su fisonomía. Constituían las prendas esenciales de su traje el pantalón (*braccae*, bragas), no flotante como entre los escitas, sino muy ajustado; la saya ó sayón (*sagum*), especie de capa que unas veces se abrochaba por encima de la espalda y otras se plegaba como un *plaid*; la



*caracalla*, que tenía la forma de una blusa; los zapatos con gruesas suelas, con el empeine algo levantado, llamados *gauloises* (*gallicae*, *galochas*?). Las telas eran vistosas, brillantes, de colorines. Los diversos colores se extendían en listas ó se cruzaban formando cuadros. El oro bordado ó sobrepuesto lanzaba en ellas esos reflejos metálicos de que habla Virgilio cuando representa á los compañeros de Bruno trepando durante la noche en el asalto del Capitolio: *Virgatis lucent sagulis*. Realzaban aún el brillo de este traje las alhajas, brazaletes, collares y broches.



Trompeta gálica  
(Museo de Saint-Germain)

Preséntannos los historiadores á los galos cisalpinos despojándose de sus vestiduras y lanzándose desnudos al combate, como para burlarse de la pesada infantería romana. No se halla absolutamente nada semejante en los relatos de César. Pero se notará aún en esa época lo reducido de las armas defensivas. Era únicamente de un uso general el gran escudo de madera, revestido de planchas de hierro que se ahuecaban en el centro en punta, y cuya superficie, pintada de colores brillantes, estaba decorada con cinceladuras en bronce, plata ú oro según la categoría del guerrero. Usábanse excepcionalmente las corazas citadas por Diodoro. No existe de ellas un solo ejemplar en nuestros museos. Los cascos descritos por el mismo autor, con sus figuras de pájaros ó de cuadrúpedos, no han sido hallados tampoco. Los rarísimos ejemplares encontrados en las excavaciones difieren completamente de ese modelo. Están, además, muy adornados y no podían pertenecer sino á jefes. En cuanto á los cascos más modestos, sencillamente rematados por un cuerno, tales como los que se ven representados en las monedas de César y en las esculturas del arco de Orange y del mausoleo de Saint-Remy, no se los ha encontrado aún sino así, en efígie.

El arma ofensiva por excelencia era la espada de hierro, no menos adornada que el escudo y poco más ó menos del mismo modo, con clavos de coral, dibujos esmaltados y una gran variedad en las vainas y en los puños. Después de las espadas venían las flechas, los dardos de toda especie, el *gaesum* céltico y el *pilum* á la romana; la *matara*, que era la lanza ordinaria; el *savanium*, hierro con dos cortes, el uno recto y el otro ondulado, que desgarraba las carnes después de agujerearlas y dejaba al sacarlo horribles heridas. Formaba los estandartes un palo largo rematado con una imagen de jabalí. Hállase este emblema en las monedas de muchos pueblos. Se daba la señal de la batalla por medio del *carnyx*, clarín colosal cuyo pabellón tenía la forma de una cabeza de dragón con las orejas tiesas y la boca muy abierta.

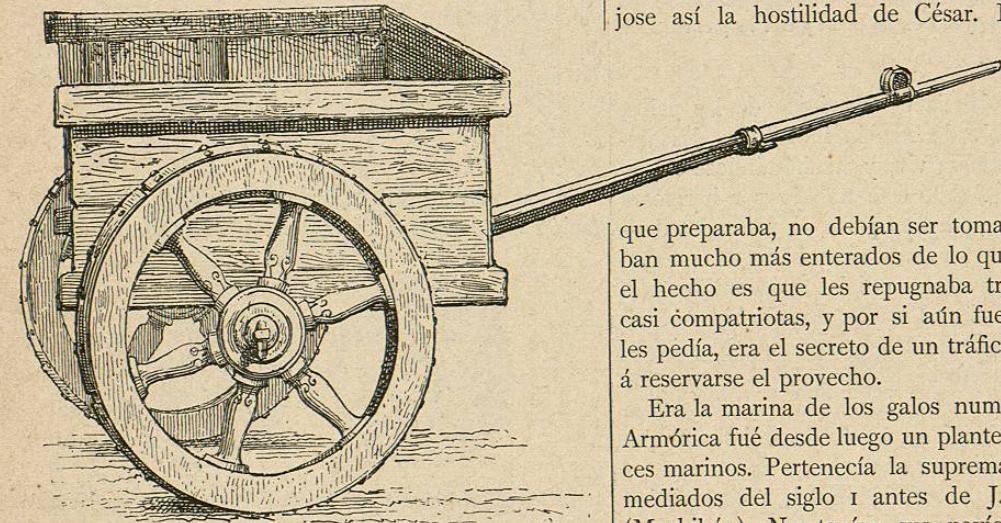
Los cementerios de la Champaña y de la Borgoña nos han proporcionado algunos restos de los carros de guerra. Polibio y Tito Livio señalan este mecanismo entre los cisalpinos. Posidonio, que visitó la Galia Transalpina en los comienzos del primer siglo anterior á nuestra era, lo halló en este país. César, que, cincuenta años después, no tuvo ocasión de mencionarlo en el continente, lo halló en sus excursiones á la Bretaña. Agrícola pudo observarlo en el fondo de la Escocia (84 años después de J. C.), y también sobre carros vemos combatir á los héroes del más antiguo ciclo de la epopeya irlandesa.

No se destinaban los carros á romper las filas del enemigo produciendo en ellas sus estragos. Servían para poner lo más rápidamente posible, sobre un punto dado, una masa de combatientes. Corrían como el rayo, metiendo un ruido formidable. El guerrero, colocado al lado del conductor, empeñaba la acción lanzando algunos dardos; después echaba pie á tierra, y su compañero procuraba estar á su alcance en caso de retirada. Tal maniobra exigía un vehículo de extremada ligereza. Los segmentos de hierro recogidos en las tumbas dan una idea de las ruedas de madera que protegían. Estaban, como la caja misma, reducidas al menor volumen. Existen muchas monedas romanas representando los carros gálicos. Se ve que la plataforma era una simple plancha provista de adrales á derecha é izquierda, abierta por delante y por detrás, de modo que se saltaba sin dificultad para descender y para subir. Estaban los carros adornados con la misma suntuosidad que todo. El del rey de los arvernios, Bituit, figuró en Roma en el triunfo celebrado en 121 años antes de J. C. Era de plata, es decir, sin duda revestido de una capa de este metal.

Las costumbres se conservaron feroces. Durante mucho tiempo lo fué cortar sobre el campo de batalla las cabezas de los vencidos. Se las suspendía de los arzones de los caballos para colgarlas luego á las puertas de las casas. Blasonábase, con todo, de cortesía, de generosidad. Las larguezas del rey de los arvernios, Luern, se hicieron legendarias. Se divertía, dicen, en recorrer los campos lanzando desde lo alto de su carro piezas de oro y de plata, que la muchedumbre recogía corriendo tras él. Un día se le ocurrió cerrar de empalizadas un espacio de 12 estadios (2.500 metros cuadrados). Hizo colocar en él cubas llenas de bebida y manjares á proporción. Bebió y comió quien quiso. Los banquetes aparatosos eran una especie de institución. Resultaba violento en esas reuniones el contraste entre lo grosero de los modales, la furia de los instintos desencadenados y los refinamientos de la etiqueta. Los jefes se sentaban en un orden conforme á su dignidad respectiva, alrededor de una mesa redonda, la famosa mesa redonda que reapareció diez siglos más tarde en los poemas de los celtas bretones y dió su nombre á la epopeya del rey Arthur. Detrás de ellos se colocaban los heraldos de armas. Formaban dos círculos concéntricos, la segunda fila con la lanza, y la primera con el escudo. Mozas y mozos pasaban los platos de cobre, de bronce, de plata, teniendo cuidado de reservar para los principales personajes los mejores bocados. Circulaba una copa única, que llevaba á los labios de los convidados los vinos de Marsella y de Italia, ó en su

defecto, el brebaje nacional, cerveza y aguamiel. Esos huéspedes corteses y magníficos se echaban sobre los manjares con voracidad. Los combates simulados constituían la gracia de estos ágapes. No se conservaron, empero, mucho tiempo inofensivos estos belicosos entretenimientos y se hizo raro que terminaran sin efusión de sangre.

Dejaba adivinar la Galia por su actividad comercial el papel á que estaba llamada desde este punto de vista sobre el imperio romano. Su mercado de metales le valió desde el primer momento una reputación de riqueza. Las salazones, las lanas que expedía á Roma, eran muy apreciadas. Una mercancía de otro género, de que no tenía el monopolio, pero de la que contribuía por su parte á aprovisionar á las naciones civilizadas, eran los esclavos. Los galos, siempre en guerra entre sí ó con sus vecinos, tenían abundancia de este



Carro galo. (Museo de Saint-Germain.)

artículo, del que se servían gustosamente como de un instrumento de cambio. (Daban un esclavo por una ánfora de vino, precio corriente.)

La Galia del Centro, la Céltica, era hospitalaria para el extranjero. Sentábanle los nobles á su mesa y se aglomeraba la muchedumbre á su alrededor haciéndole preguntas, á las que debía responder con interminables relatos. Así es como se representa al viajero griego Posidonio en medio de esos huéspedes. Durante las campañas de César, vemos á negociantes romanos residiendo de hecho en tres ciudades, en Genabum (Orléans), Noviodunum (Nevers) y Cabillonum (Chalons-sur-Saône). No dejaba su situación de ser peligrosa cuando estallaban disturbios, de los que solían ser las primeras víctimas. El Belgium era menos abordable. Su barbarie creciente se traducía por una viva repugnancia contra los hombres y las cosas de fuera. Los nervios se distinguían entre todos por su aislamiento feroz. No podían ser muchos los comerciantes que á través de esos obstáculos llegaban hasta el Rin ó más allá. Cuando se sublevaron en masa los pueblos belgas contra César, no tenía éste sobre ellos sino datos muy vagos que debió completar interrogando á sus aliados los romos.

Sabía aún menos y obtuvo aún menos datos sobre

los bretones, cuando dos años más tarde tuvo que combatirlos. Conocían muy bien los galos la gran isla céltica. Los belgas principalmente eran tan poco extraños en esas costas, que por un instante se hicieron sus dueños. En fecha que no puede fijarse con precisión, pero que no puede ser muy lejana de nuestra era, un rey de los susiones, llamado Diviciaco, después de haber sometido á la mayor parte de sus vecinos, se anexionó también la Bretaña, es decir, probablemente la parte meridional de que la invasión belga le había preparado el camino hacia el siglo II antes de J. C. Cayó esta dominación, pero no por eso quedó la Bretaña menos estrechamente unida á la Galia. Constituía el núcleo del druidismo y pasaba por ser su patria. Cuando emprendieron los romanos la conquista de nuestro país, no fué indiferente á los sucesos que en el continente se desarrollaban. Ofreció un refugio á los jefes de los belovacos y envió socorros á los venetos. Atrájosese así la hostilidad de César. Las reticencias de

los comerciantes galos, cuando intentaba arrancarles algunas indicaciones para la expedición

que preparaba, no debían ser tomadas en serio. Estaban mucho más enterados de lo que confesaban. Pero el hecho es que les repugnaba traicionar á amigos, casi compatriotas, y por si aún fuera poco lo que se les pedía, era el secreto de un tráfico de que aspiraban á reservarse el provecho.

Era la marina de los galos numerosa y experta. La Armórica fué desde luego un plantel de hábiles y audaces marinos. Pertenece la supremacía marítima hacia mediados del siglo I antes de J. C. á los venetos (Morbihán). No tenían sus navíos rivales sobre la Mancha y el Atlántico. Estaban muy bien contruidos para la navegación y la guerra. Su carena plana los sostenía en la marea baja encima de los escollos frecuentes en esos parajes. Su proa y su popa muy elevadas estaban contruidas para desafiar el embate de las olas y preservar á la tripulación de las flechas enemigas. Su costillaje de encina resistía á los golpes de mar y debía desafiar el choque del espolón romano. La flota de los venetos era la más poderosa, pero no la única. Cuando emprendieron la lucha contra César, hicieron venir los barcos de sus aliados y clientes del Finisterre á la Escalda. César, por su parte, pudo reclutar los barcos de los pictones y de los santones, desde la embocadura del Loira hasta la del Gironda.

No faltaban en el interior medios de comunicación. Las vías fluviales, cuya red admiró á Estrabón, no eran las únicas frecuentadas. Los galos tenían un material móvil muy variado, del que los romanos no desdénaron hacer imitaciones. Tenían el *essedum*, el *carpentum*, que eran carros de lujo según el modelo del carro de guerra; el *benna*, que era un cesto de mimbre; el *carruca*, la *reda*, el *petorritum*, que eran vastos carros de cuatro ruedas. Fué obra todo esto de un desarrollo en las vías de comunicación. Nada seguramente comparable al sistema de caminos de que Roma dotó á la Galia unificada y pacificada. Los caminos de los galos no eran sino senderos, y sus puentes, con tanta frecuen-